

con azotes, por los deleites sensuales de nuestra carne; con los ojos llorosos, por la codicia y curiosidad de los nuestros; con la hiel y vinagre de su boca, por las golosinas y apetitos de nuestra gula; con la púrpura de escarnio, por la vanidad de nuestros atavíos; y con las salivas de su divino rostro y corona de espinas, por los aderezos y galas con que el linaje de las mujeres se compone para ser lazo hermoso del enemigo.

§. VII.

Concluye la materia deste capítulo, arguyendo á nuestra ingratitud.

Pues de todos estos trabajos fué la causa (como dijimos) su ardentísima caridad; la cual fué figurada en aquel viento abrasador que envió Dios por la oración de Moisés (*k*); el cual arrebató la muchedumbre de langostas que destruían la tierra de Egipto, y las echó y ahogó en el mar Bermejo. Pues ¿qué necesidad tenía Dios desta invención para limpiar la tierra desta plaga, pues pudiera tan fácilmente destruir toda esta langosta como la pudo producir? Mas quiso él que esto fuese así, para representarnos el ardor de la caridad de Cristo, la cual le movió á tomar sobre sí todos los pecados, que mucho mas que langostas destruyen la hermosura de las ánimas. Los cuales ahogó en el mar Bermejo; porque con el sacrificio de su sangre preciosa los destruyó. Esto es lo que por palabras mas claras nos enseñó el Apóstol, cuando dijo (*l*): Si la sangre de los toros y cabrones, y el rocío de la ceniza de la becerra sacrificada purificaba en el tiempo antiguo las inmundicias corporales de aquella ley, ¿cuánto mas poderosa será la sangre de Cristo, el cual abrasado con fuego del Espíritu Santo, ofresció á sí mismo purísimo y sin mácula de pecado en sacrificio, para purificar nuestras conciencias de todos los pecados, y así servir á Dios vivo? Ciertamente es que cuanto va de sangre á sangre, tanto va de sacrificio á sacrificio; lo cual sobrepuja á todo entendimiento.

Pues pasando esto así, ¿quién habrá tan inhumano, que no ame tal amor? ¿Quién no amará tal Redemptor? ¿Quién tendrá corazón tan de piedra, que no se ablande con el calor deste fuego, pues las piedras con él se deshacen? ¿Quién no procurará de padecer por la gloria de su Señor, lo que el Señor padeció por su vil criado? ¿Quién no abrazará y besará aquellas sacratísimas llagas, y adorará aquella preciosísima sangre con que fué lavado y rescatado? ¿Quién no amará puramente y sin esperanza de interese, al que de pura gracia así nos amó, así nos remedió, así nos libró, así nos honró, así nos juntó consigo, así nos reconcilió con su Padre, así nos restituyó á nuestra patria? Pues ¿quién será tan ciego, que no vea por todo lo dicho cuán grandes estímulos y motivos nos da el misterio de la Cruz para amar á Dios? ¿Quién no ve con cuánta razón dijo este Señor (*m*), que venía á poner fuego de amor en la tierra, y quería que ardiese? Esto es en conclusión lo que en otra parte dijo (*n*): Si yo fuere levantado de la tierra, y puesto en cruz, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿Con qué cadenas? Con la fuerza de la caridad y amor que todo lo vence. Por donde con mucha razón exclama Sant Bernardo, diciendo (*o*): ¡Oh buen Jesús, cuán dulcemente conversaste con los hombres! ¡Cuán liberalmente tan largas y copiosas mercedes les heciste! ¡Cuán fuerte-

(*k*) Exod. 10. (*l*) Hebr. 9. (*m*) Luc. 12. (*n*) Joan. 12.
(*o*) Serm. de Pas. Dom.

mente tantas maneras de trabajos por ellos sufriste, duras palabras, y mas duros azotes, y muy mas duro tormento de muerte! ¡Oh endurecidos hijos de Adam, cuyos corazones no enternese tanta benignidad, tanta llama, y tan grande fuego de amor, y tan vehemente amor, que por tan viles alhajas dió mercadurías tan preciosas! Oh buen Jesús! ¿que á tí con la muerte? ¿Que á tí con los azotes? ¡Nosotros debemos, y tú pagas! ¡Nosotros pecamos, y tú padeces! ¡Obra sin ejemplo! ¡Gracia sin merecimiento! ¡Caridad sin modo! Por tanto, hombre desconocido, si amas á tí, habiéndote tú destruido, ¿por qué no amarás á aquel que te restituyó? Y si aquel Señor tanto amó á nosotros que somos nada (y porque somos malos, aun ménos que nada), ¿por qué no amarémos á aquel que es summamente bueno, pues lo que él pretendió con este tan grande beneficio, fué inflamarnos en su amor, y ayuntarnos perpetuamente consigo, y finalmente hacernos participantes de su misma bienaventuranza y gloria?

Todo lo dicho hasta aquí sirve para abrasar nuestros corazones en amor de un Señor que tanto bien nos hizo y tanto nos amó, y para esforzarnos á padecer cualquier trabajo por amor de quien tanto por nuestra causa padeció; pues, como dice Sant Gregorio (*p*), el amor de Dios nunca está ocioso: ántes obra grandes cosas, si es amor; y si las deja de obrar, no lo es. Mas ¿qué diré aquí de la malicia y perversidad humana? La cual toma motivo para holgar y descansar, de donde lo habia de tomar para mas trabajar. Mas porque esta perversidad es uno de los mayores males que hay agora en el mundo, contra él disputaremos de propósito en el capítulo que se sigue.

CAPITULO XV.

Nono fructo del árbol de la Cruz, que es la esperanza.

Demás de la caridad teníamos tambien necesidad de la esperanza su hermana; porque como por el pecado quedamos tan desnudos y pobres, no nos quedaba otro remedio sino levantar los ojos á Dios, y esperar remedio dél para todos estos males, muchos de los cuales no se pueden curar sino por él. De manera que en este valle de lágrimas, donde andamos peregrinando, y en este golfo tempestuoso donde á cada hora se levantan nuevas tormentas, esta es el áncora, como la llama el Apóstol (*a*), con que nos habemos de asegurar. Así lo testifican todas las sanctas Escrituras; conforme á lo cual dice el Señor por Esaías (*b*), hablando con su pueblo, que en la virtud de la esperanza estará su fortaleza. Y David dice (*c*): En paz juntamente dormiré y descansaré; porque vos, Señor, pusistes mi remedio en la esperanza de vuestra misericordia. Mas destas autoridades hallarémos muchas en los Salmos, porque apenas hay alguno que no haga mención desta virtud.

Mas aquí es de notar que hay cuatro principales materias desta esperanza. La primera es de la bienaventuranza advenidera; la segunda, del perdón de los pecados, que son los impedimentos del fructo desta esperanza; la tercera de ser oídas nuestras peticiones; la cuarta de ser socorridos y amparados de Dios en nuestras tentaciones y trabajos. A todas estas cosas y otras semejantes se extiende esta virtud, y para todas tenemos grandes estribos y motivos en el árbol de la sancta Cruz.

Mas entre estas esperanzas la principal es la primera, (*d*) In Act. Apost. cap. 15. hom. 52. tom. 5. (*e*) Rom. 4. (*f*) Luc. 11.

que es la esperanza de la vida eterna, y de la vision beatífica de Dios, á la cual se ordenan todas estotras esperanzas; y esta nos es grandemente necesaria, porque quitada la esperanza del galardón ¿quién tendrá manos para bien obrar? Este galardón esencialmente consiste en la vision de la esencia divina: para lo cual es necesario que el mismo Dios levante y esfuerce el entendimiento humano con la lumbré que llaman de gloria, y que la misma esencia divina sin ningun otro medio se junte con nuestro entendimiento; con la cual deificado y hecho como Dios, sea poderoso para ver á Dios de la manera que él es en su misma gloria y hermosura, como lo ven los ángeles. Esta union es una de las cosas mas admirables, y mas inefables que hay, y mas increíbles al parecer humano, por la infinita distancia que hay entre estas dos naturalezas, divina y humana, para juntarse la una con la otra; y tambien por la condicion y bajeza de nuestro entendimiento, que ni puede penetrar la esencia de las cosas espirituales, ni entender sin las figuras é imágenes de las cosas corporales. Pues porque (como dice Sancto Tomas) con dificultad se podía acabar con el hombre que creyese y esperase una union tan alta y tan admirable, hizo Dios otra mas admirable, que fué la del Verbo divino con la naturaleza humana: para que no desconfie el hombre que podrá hacerse una cosa con Dios por gracia, pues ve á Dios hecho hombre por naturaleza. Porque, como dice Sant Crisóstomo (*d*), mucho mayor cosa es hacerse Dios hombre por naturaleza, que hacerse el hombre Dios por gracia. Y pues vemos hecho lo uno, es razon que creamos y esperemos lo otro, mayormente siendo lo uno causa de lo otro; porque por el misterio de esta union de Dios con el hombre, se da al hombre la union de su entendimiento con Dios.

Ni es menor la dificultad de la esperanza en las otras materias que dijimos. Porque así como el hombre ha de hacer fuerza á su entendimiento para creer lo que no ve, así la ha de hacer á la voluntad, para que espere lo que no posee, mayormente cuando nos faltan y desaparecen todos los presidios y socorros humanos, y por ninguna parte se descubre algun rayo de luz ni de remedio. Porque en este tiempo es dificultoso hacer lo que hizo Abraham (*e*), que es tener esperanza contra esperanza: esto es, no descubriéndose algun remedio por la razon y prudencia humana, esperar de sola la misericordia divina. Pues para esto ¿qué ayudas se nos pudieran dar mas poderosas, que las que tenemos en el misterio de la Cruz? Ca todos los motivos de que arriba hecimos mención, que nos incitan á amar á Dios, esos mismos nos mueven á esperar en él. Porque ¿en quién esperaré yo mas confiadamente, que en un Dios tan bueno? En un bienhechor tan largo? En un amor tan grande, y en un padre tan rico, tan piadoso y tan poderoso? Porque si en nadie puede tener un hijo mayor esperanza que en su padre, ¿cómo no esperaré yo en quien es tanto mas padre, y tanto mas me ama, y tanto es mas bueno, y tantos mayores beneficios me tiene hechos? Este es el argumento que nos hizo el mismo Hijo de Dios en su Evangelio, cuando dijo (*f*): Si vosotros siendo malos sabeis dar dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará su espíritu bueno á quien se lo pidiere? Pues ¿qué no se podrá esperar de un Padre tan

(*d*) In Act. Apost. cap. 15. hom. 52. tom. 5. (*e*) Rom. 4. (*f*) Luc. 11.

piadoso, que nos dió á su propio Hijo? Que es otro argumento que hace Sant Pablo cuando dice (*g*): A su propio Hijo no perdonó Dios, sino entrególo á la muerte por todos nosotros. Pues ¿cómo no nos habrá dado con él todas las cosas? Como si dijera: Quien dió lo mas, y tanto mas, ¿cómo no dará lo ménos, y tanto ménos? Porque todo lo demás que se puede dar, por mucho que sea, es poco en comparacion desta dádiva en que se da el Hijo de Dios. Finalmente si este Señor nos hizo tan grandes mercedes con tanta costa suya, ¿cómo apretará agora la mano, y la encogerá despues de hecha la costa? Este es el principal estribo de nuestra esperanza, y el principal caudal de nuestra hacienda. Pues ¿quién se verá tan derribado y tan desmayado en medio de sus tribulaciones y peticiones, que no se alegre y esfuerce con estas tan grandes prendas y rehenes de la misericordia y providencia paternal de Dios? Quien con esto no se esfuerza, ¿qué cosa habrá que lo pueda esforzar?

§. I.

Perversidad de los que perseveran en sus pecados, confiados en la grandeza deste beneficio.

Mas en este lugar se nos ofrece una materia muy lastimera, que es el abuso y perversidad del corazón humano, de que en el fin del capítulo pasado hecimos mención, el cual confiado en la grandeza deste beneficio, toma ocasion para perseverar seguramente en su pecado. Porque si preguntáredes á cuantos desuellacaras hay en el mundo, por qué causa perseveran toda la vida en sus maldades, y cómo piensan, viviendo mal, salvarse, luego os acuden con la fe de Cristo, y con la esperanza en su sagrada pasión. De manera que siendo ella el mayor estímulo y motivo que tiene la virtud y el temor de Dios, ellos trastornan y pervierten de tal manera el consejo y beneficio de Dios, que hacen de la medicina ponzoña, y motivos para pecar de lo que habia de ser para le servir y amar.

Este ha sido (y lo es agora) uno de los grandes embustes de nuestro adversario, el cual pretende competir en la maldad con la grandeza de la divina bondad. Porque así como esta tiene por oficio sacar de los males bienes, así por el contrario la malicia del enemigo tiene por estilo sacar de los bienes males. Desta manera hace que de las sanctas Escrituras (que nos fueron dadas para luz y gobierno de nuestra vida) hayan sacado los herejes tinieblas de errores y perversion de nuestra vida, falsificando y destrozando las palabras divinas, para fundar en ellas sus engaños; y con la misma astucia ha hecho que del divínísimo misterio de la Cruz (que tantos motivos nos ha dado para la virtud) saquen los malos razones y argumentos para perseverar en sus vicios. Porque como todos los hombres, por malos que sean, por una parte deseen salvarse, y por otra rehusan el camino de la virtud (por ser contrario á sus apetitos), han buscado este medio para consolarse y asegurarse en sus maldades, diciendo que ya Cristo pagó por ellos: como si para esto viniera el Hijo de Dios al mundo y padeciera, para hacer á los hombres viciosos, y haraganes, y enemigos de todo virtuoso trabajo.

Pues contra este engaño militan todas las sanctas Escrituras, que tantas veces nos incitan al trabajo de las buenas obras, y juntan el temor de Dios con la esperanza, para que lo uno sea como correctivo de lo otro. Así (*g*) Rom. 8.

dice David (h) : Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Y dice muy bien *sacrificad*, para significar la sangre, y el trabajo que ha de haber en esta manera de sacrificar. Y en otro lugar (i) : Agradan, dice, al Señor los que le temen, y juntamente con el temor esperan en su misericordia. Y el Señor en el Evangelio mandónos despedir de nuestro corazón toda congoja y desconfianza del remedio temporal; y concluye esta materia diciendo (k) : Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado. De manera que para que la confianza esté segura, ha de estar acompañada con la justicia. Y en otro lugar, tratando de los que en el día del juicio han de alegar los milagros que hacían por virtud de la fe que tenían, dice que entonces les responderá (l) : No os conozco, ni sé quién sois; apartaos de mí todos los que obráis maldad. Pues en la sentencia de la condenación de los malos, y de la salvación de los buenos, ¿qué otra cosa se ha de referir este día, sino las obras de misericordia hechas, ó dejadas de hacer? Y cuando el mismo Señor decía: Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame, ¿exhortábanos por ventura á holgar, ó á trabajar? Y porque no pensase nadie que decía esto á solos los discípulos, escribe San Marcos (m) que cuando quiso decir esto llamó al pueblo, que á la sazón presente estaba, y dijo á todos.

Pues en el Testamento Viejo, ni hace caso de los sacrificios de los malos, ni de sus oraciones, ni de sus cantares, ni de las fiestas que hacían en los sábados y en los primeros días de los meses, y otros oficios semejantes. Pues ¿qué pide? ¿Qué le agrada? Responde por Esaías (n) : Laváos, y alimpiad vuestras conciencias, y quitad la maldad de vuestros pensamientos de mis ojos: cesad de hacer mal, y aprended á hacer bien. Haced justicia, socorred al oprimido, juzgad la causa del huérfano, defendad la viuda, y esto hecho argüidme: esto es, ponedme pleito y emplazadme, si no perdonare vuestros pecados. Y el profeta Miqueas, enseñando á los hombres cómo habían de agradar á su Criador, después de haber recontado muchas maneras de sacrificios, viene á resumirse, diciendo (o) : Enseñarte he, hombre, en qué consiste el bien, y qué es lo que Dios te pide. Lo que te pide es hacer juicio, y amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios. Y por aquella primera palabra, *hacer juicio*, quiere decir que no vivamos según los apetitos de nuestra carne, sino según el juicio de la razón y de la ley divina. Pues estando todas las Escrituras dando voces y declarando que el remedio de nuestra salud está en las buenas obras, y nuestra perdición en las malas, ¿cómo fué poderoso el demonio para cegar tanto los entendimientos de los hombres, que con sola confianza en la pasión de Cristo, sin echar mano al arado, sino antes estando mano sobre mano, y perseverando en sus vicios, habían de ser salvos? ¿Quién pudo de tal manera trastornar los entendimientos humanos, que pudiese haber en ellos un engaño tan contrario á todas las Escrituras, á la bondad de Dios, á la lumbre de la razón, al común entendimiento de las gentes, á todos los ejemplos de los santos, y finalmente á todas las leyes divinas y humanas, que nos están exhortando al amor de las virtudes y aborrecimiento de los vicios?

(h) Psalm. 4. (i) Psalm. 32. (k) Matth. 6. (l) Matth. 7.
(m) Marc. 8. (n) Esai. 1. (o) Mich. 6.

§. II.

Cómo es grande error presumir de la misericordia con olvido de la justicia.

Pues por esta causa Sant Bernardo, entendiendo por los dos pies de Cristo la misericordia y la justicia (como en otro lugar alegamos), nos aconseja (p) que no adoremos solamente el pie del juicio, porque no desconfiemos; ni tampoco el pie solo de la misericordia, porque no presumamos. Estas virtudes quiere que anden siempre hermanas y juntas, porque dellas pende todo el gobierno de la vida cristiana. Porque el temor del castigo y la esperanza del galardón son como las dos pesas del reloj, que lo traen concertado, ó como dos espuelas para andar por el camino que va á parar á la vida.

Y así como el misterio de la Cruz tiene muy grandes motivos para esperar, así también los tiene para temer. Porque si el rigor de la justicia divina es tanto para temer, ¿qué mayor justicia que la que Dios hizo contra el pecado en las espaldas de su Hijo? ¿Qué mayor justicia que estando el Hijo en el huerto con tan grande agonía antes de la hora de su pasión; sudando gotas de sangre, presentando al Padre eterno (q) aquella natural inclinación de su carne bendita, que naturalmente rehusaba la muerte, pidiendo que pasase del cáliz de amargura, que con todo esto conservase tan enteramente el rigor de su justicia, que no quisiese perdonar al hombre sin recibir tan grande satisfacción como fué la muerte del Hijo?

Demás desto, si por el misterio de la Cruz se ve claro cuánta sea la malicia del pecado, y cuán grande el odio que Dios le tiene (como está ya declarado), ¿quién habrá tan insensible que no tiemble de solo el nombre del pecado? Porque si tan ásperamente castigó el Padre eterno á su unigénito Hijo (que nunca supo qué cosa era pecado, porque se había ofrescido por fiador de los pecados ajenos), ¿cómo tratará al siervo malo, hallándole cargado de pecados propios? Porque por esta causa dijo el Señor á las mujeres que lo iban llorando (r) : Hijas de Hierusalem, no queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras, y sobre vuestros hijos; porque días vendrán en que digais: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Y entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si esto se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará? Item, si en Dios todas las virtudes son iguales (pues todas en él son una misma esencia), síguese que tan grande será su justicia como su misericordia. Pues si su misericordia fué tan grande y tan admirable, como el misterio de la Cruz nos declara, ¿qué tal será la justicia, pues es tan grande como ella? Porque sin duda así como por la cantidad de un brazo sacamos la del otro (pues ambas son iguales), así por la grandeza de la misericordia podemos sacar la de la justicia, pues ambas son de una medida; sino que el día de la una es ya pasado en la primera venida, y el de la otra no es aun llegado, que será el día de la venganza. Pues si en el día que este Señor quiso declarar la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan espantables, que bastan para asombrar todos los entendimientos criados, cuando

(p) Sup. Cant. Serm. 6. et in parvis, Serm. 56. (q) Luc. 22.
(r) Luc. 23.

se llegue el día de la segunda venida, donde ha de declarar la grandeza de su justicia á los que desecharon su misericordia, ¿qué cosas hará? Aunque esto no quita ser más inclinado á perdonar que á castigar. Antes lo que hará entonces más rigurosa la justicia, será la grandeza de la misericordia. Porque habiendo hecho él un tan incomprendible beneficio á los hombres, habiéndolos provocado á su amor con tan grande muestra de amor, habiendo usado con ellos de tan grande benignidad y misericordia, habiéndoles dado un tan grande remedio y aparejo para salvarse, habiéndoles proveído de tanta luz, y de tantos ejemplos, de tantos sacramentos, de tanta gracia y de tanta doctrina; y que con todo esto hayan sido ingratos á tan grandes beneficios y despreciadores de tales ejemplos y remedios, esto ha de hacer su causa más grave y más inexcusable, según aquello que dijo el Señor (s) : Si yo no viniera en persona, y no les predicara, no tuvieran pecado; mas ahora ya ninguna excusa tienen del. Pues esto es lo que el Apóstol quiere que diligentemente consideremos, cuando después de habernos declarado la grandeza de la gracia que nos vino por Cristo, nos amonesta que trabajemos por no caer della (t) ; porque si Dios ordenó que la ley antigua fuese enteramente guardada, y que los quebrantadores della fuesen justamente castigados, ¿cuánto más lo seremos nosotros, si menospreciáremos esta tan gran salud? Esta misma sentencia repite más abajo por estas palabras, diciendo: Si el quebrantamiento de la ley de Moysen, probado por dos ó tres testigos, es castigado con pena de muerte, ¿cuánto mayor castigo merecerá el que despreciare al Hijo de Dios, y profanare la sangre de su Testamento, é hiciere injuria al espíritu de la gracia? La razón desto es, porque, como dice nuestro Salvador (v), á quien mucho dieron, de mucho le han de pedir cuenta. Pues siendo esto así, ¿qué cuenta darán los malos cristianos de un tan grande recibo, como fué la muerte y la sangre del Hijo de Dios?

Todo esto se ha dicho tan por extenso, para deshacer el engaño y la vana confianza que los malos tienen en la fe y pasión de Cristo, perseverando con esto en sus pecados; siendo esta sagrada pasión el mayor motivo que hay para aborrecerlos y temerlos.

CAPITULO XVI.

Décimo fruto del árbol de la Cruz, que es la virtud de la humildad.

Teniamos también necesidad de otra virtud que, aunque no es del número de las teologales, es altísima y muy necesaria: que es la humildad, fundamento y guarda fiel de todas las otras virtudes; porque así como la caída del hombre fué por soberbia, así el reparo y medicina ha de ser por humildad. La cual virtud con ser necesarísima, es muy dificultosa de alcanzar, no solo por la corrupción de nuestra naturaleza (que cayendo por soberbia, le quedaron siempre reliquias de aquella antigua dolencia), sino también por una veheméntísima pasión que hay en nosotros, que es el amor de la propia excelencia, el cual derechamente contradice á la humildad; y cuanto esta pasión es más poderosa, tanto es más dificultosa de alcanzar la humildad. De aquí nasce haber tan pocos que sean de verdad humildes; y de aquí también nasce la mayor parte de las disensiones y desasosiegos del mundo, por no querer los hombres

(s) Joan. 15. (t) Ebr. 10. (v) Luc. 19.

quedarse atrás, y ver pasar otros delante. Por cuya causa el Hijo de Dios viniendo á este mundo enristró tanto la lanza contra la soberbia, y encomendó tanto la humildad, que parece que todo el misterio de su encarnación y pasión ordenó para este fin, como si para solo esto viniera. Y así dice Sant Gregorio (a) : Para esto el unigénito Hijo de Dios se vistió del hábito de nuestra mortalidad; para esto el que era invisible, no solamente se hizo visible, sino también pasible; y para esto sufrió la confusión de las deshonras, y el vituperio de las injurias, y el oprobrio de los azotes, para que Dios humillado enseñase al hombre no ser soberbio. Y así canta la Iglesia en la oración de Ramos, que envió Dios á su Hijo al mundo á vestirse de carne humana, y morir en cruz, para dar al género humano ejemplo de humildad; señalando esta sola causa y callando las otras, para dar á entender que de tal manera vino á curar esta llaga, como si para sola ella viniera; porque del instante de su concepción, hasta que espiró en la Cruz, todo fué darnos ejemplos de profundísima humildad. Humildad fué bajar del cielo á la tierra, y estar nueve meses encerrado en las entrañas de una mujer; humildad fué escoger para la ignominia de la muerte la ciudad de Hierusalem, y para la gloria de su nacimiento la aldea de Betlehem; humildad fué escoger la madre humilde, y el establo humilde, y el pesebre humilde, y los pastores que le vinieron á adorar humildes, y después los apóstoles que lo habían de acompañar pescadores y humildes; humildad fué ser circuncidado como pecador, huir á Egipto como flaco, y ser después bautizado entre pecadores y publicanos como uno dellos. De manera que toda su vida fué humilde, y la muerte mucho más. Porque quien discurriere por todos los pasos de la historia lamentable de su sagrada pasión, ¿qué verá en ella, sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas, pescozones como á esclavo; escupirle su cara como á blasfemo; vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido; y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo era el más vergonzoso ó ignominioso linaje de muerte que había en el mundo, como lo es agora la horca? Sobre todo esto ¿qué diré de la competencia con Barrabas, donde aquel espejo de inocencia fué juzgado por peor que él, y más indigno de la vida? Y aquí vemos cumplido el deseo que los padres antiguos tenían desta tan profunda humildad, para cura y paga de aquella antigua soberbia destructora del mundo; el cual deseo representó el profeta Esaías cuando dijo (b) : Vimosle sin la figura que antes tenía, y deseamos verle despreciado y el más abatido de los hombres. Pues esta profecía se cumplió cuando este Señor fué tan despreciado, que fué tenido en menos que Barrabas, que era uno de los peores hombres que en aquel tiempo había; pues era ladrón, revoltoso, y derramador de sangre. Pues, ó Rey de gloria, ¿cuánto deseastes, Señor, abatir nuestra soberbia, y hacernos amadores de la humildad, cuando tales motivos y ejemplos nos dejastes desta tan excelente virtud? Pues, ó hombre vano y altivo, si te sientes tentado de vanagloria, ambición ó soberbia, levanta los ojos á este Señor, y mira de la manera que está en aquella cruz, no adornado de hermosos vestidos, mas desnudo, y toda su carne arpada con

(a) Lib. 4. Epist. in dict. 15. cap. 82. epist. 58. circ. med.
(b) Esai. 53.

heridas; no resplandesciendo sus manos con anillos y piedras preciosas, mas traspasadas con agudos clavos; no rodeada su cabeza con guirnalda de flores, mas agujereada y coronada de durísimas espinas; no cercado el cuello con collar de oro, mas con verdugos y rascuños de la nudosa sogá con que fué atado. Sus delicados miembros no están ungidos con suaves unguentos, mas con hediondas salivas, y llenos de cardenales é hinchazones. Mira también su rostro escurecido, sus ojos llorosos, su frente ensangrentada, sus mejillas consumidas, su cabeza inclinada, sus brazos extendidos, su pecho abierto, sus pies rasgados. Mira que por todas partes te predica humildad, ó mortal soberbio. Si con este espectáculo no quedas humilde, eres por cierto mas duro que las piedras, pues hasta las piedras ese día se despedazaron. Y si con esta vista no resucitas, mas muerto eres que los muertos, los cuales en aquel tiempo salieron de sus sepulcros. Y si con este ejemplo no tiembla tu corazón, mas inmóvil eres que la tierra, la cual entonces tremió; y mas insensible que el pueblo que al derredor estaba, el cual viendo las señales que en su muerte se hacían, con dolor y espanto hirió sus pechos. ¡Oh hombre! si el Hijo de Dios así se humilla, tú ¿por qué quieres ser altivo? Abate, miserable, tu orgullo, y escoge por su ejemplo el postrer lugar; y aun ten por cierto que no podrás tanto abajarte, cuanto requiere tu vileza. Confúndete, vilísima criatura, en no querer remedar á Cristo por tí crucificado.

A la imitación desta virtud nos convida el Apóstol, cuando dice (c): Hermanos, esto sentid en vuestros corazones, que veis en Cristo; el cual siendo verdadero Dios, abatió á sí mismo, tomando forma de siervo, y haciéndose semejante á los hombres se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y si te parece poco que siendo él Dios é igual al Padre, sirviese por tu causa como siervo á su Padre, mira cuánto pasó mas adelante, pues también sirvió á su propio siervo. Fué el hombre criado para servir á su Criador; ¿y qué cosa mas justa que servir á aquel que te crió, sin el cual fueras nada? ¿Y qué cosa mas gloriosa que servir á aquel á quien servir es reinar? Mas dijo el hombre soberbio: No quiero servir al Criador. Pues yo (dice el Criador) quiero servir á tí. Tú te asienta á la mesa, yo ministraré á ella y te lavaré los pies. Tú descansa, yo tomaré sobre mí todas tus cargas y deudas. Usa de mí en todas tus necesidades de la manera que quisieres, ó como de siervo tuyo, ó peguajar tuyo. Si estás fatigado, ó cargado, yo llevaré sobre mí tu carga, para que yo primero cumpla la ley mía. ¡Oh dureza de corazón, que no se ablanda con tal ejemplo! ¡Oh aborrecible soberbia del hombre, que se desprecia de servir á su Señor!

Pues siendo esto así, con muy justa razón puede este Señor decir á todos los hombres, como perfecto maestro (d): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Todo esto hizo este Señor para curar la ponzoña de nuestra soberbia; y tal es ella que, con esta tan fina triaca de tan saludables materiales compuesta, apenas ha podido en muchos ser curada. Pues ¿qué mayor dureza de corazón que esta? Ruégoos, hermanos, dice Sant Bernardo (e), no consintáis que se os haya dado de balde un tan precioso dechado, sino conformaos con él, y reformaos en vuestro espíritu: trabajad por alcanzar la humildad, que es guarda y fundamento de todas las vir-

(c) Philip. 2. (d) Matth. 11. (e) Serm. 1. in Natali Dom.

tudes. Porque ¿qué cosa mas aborrecible, que viendo hecho pequeñuelo á Dios del cielo, quiera el hombre engrandescerse sobre la tierra? El se abatió y llegó á hacerse cuasi nada, siendo el que lo hizo todo de nada; ¿y tú piensas de tí que eres algo, siendo nada? Intolerable soberbia es, habiéndose así abatido la divina Majestad, querer el gusanillo podrido engrandecer é hinchar.

Mas aquí es mucho de notar que esta virtud de la humildad tiene grande necesidad de andar acompañada con la fortaleza. Porque la humildad sin ella sería remisa é imperfecta, por cuanto desconfiando el hombre de sus propias fuerzas, y librándolo todo en Dios, no osaría emprender cosas grandes. Pues por esto es necesario que esté acompañada con la fortaleza; porque con la una humillándose el hombre merezca la divina gracia, y con la otra, esforzándose en Dios, ponga las manos en la obra; para que ni la fortaleza sea presumptuosa, si careciere de humildad, ni la humildad remisa, si careciere de fortaleza.

CAPITULO XVII.

Undécimo fruto del árbol de la Cruz, que es la virtud de la obediencia.

Después de la virtud de la humildad convenientemente se sigue la de la obediencia, hija legítima y compañera fiel de esa misma humildad; ca no hay hombre verdaderamente humilde que no se subjecte y obedezca, como dice Sant Pedro (a), á toda humana criatura por amor de Dios. Y por esta causa el Apóstol en la autoridad arriba alegada juntó estas dos virtudes en uno, cuando dijo que el Hijo de Dios se había humillado y hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (b). Pues desta virtud teníamos grande necesidad; y ningún ejemplo ni ayuda se nos pudiera dar mas eficaz para ella que el misterio de la Cruz. Para cuyo entendimiento es de saber que ninguna lengua criada hasta para explicar la obligación que el hombre tiene á la obediencia, amor y servicio de su Criador. Porque demas de otras muchas razones, hay para esto siete títulos muy principales, que brevemente aquí contarémos. El primero es ser él Monarca y universal Señor y Emperador del mundo. Emperador digo, no por sucesión, ni por elección, ni por herencia, ni por fuerza, sino por naturaleza. Esto es, que así como el ángel naturalmente es superior y mayor que el hombre, y el hombre que un bruto: así Dios por su propia naturaleza es infinitamente mayor que todo lo criado, y Rey y Señor de todo; y así como á Rey se le debe summa obediencia y reverencia.

El segundo título es, ser él principio y fin de todas las cosas, porque dél procedieron como de primer principio, y todas se ordenan á su gloria, como á último fin. Y el hombre particularmente, como tiene todo su sér dél, así la perfección y cumplimiento deste sér ha de manar dél; porque en solo él tendrá perfecto descanso como en su propio centro. El tercero título es, ser él universal dador de todos los bienes, así de naturaleza como de gracia, como de los que comunmente llaman de fortuna: de tal manera que ninguna criatura hay en el mundo que tenga algo que no sea dado por él, como dijo el Apóstol (c): ¿Qué tienes que no hayas recibido? El cuarto título es, ser él un piélagó y abismo de todas las grandezas y perfecciones, esto es, de bondad, de

(a) 1. Pet. 2. (b) Philip. 2. (c) 1. Cor. 4.

sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de gloria, de benignidad, de misericordia y de otras infinitas perfecciones. Por las cuales solas (aunque nada dél hubiéramos recibido, ni esperáramos recibir) merecía ser amado y servido con infinito amor y reverencia, si esto nos fuera posible. El quinto título es, ser nuestro Redemptor. El sexto, ser nuestro Sanctificador. Y el séptimo ser nuestro Glorificador; los cuales tres títulos se siguen unos de otros. Porque él es el que nos redimió con su sangre, y nos sanctifica con su gracia, y nos ha de glorificar después desta vida en su gloria. Estos tres postreros beneficios, aunque parecen simples en las palabras, son muy compuestos en las obras. Porque el primero (que fué redimirnos) incluye todos los trabajos que el Hijo de Dios por esta causa padesció. Y el segundo (que es sanctificarnos y conservarnos en esa sanctidad) comprehende infinitas inspiraciones divinas y preservaciones de males que para esto se requieren. Y para el tercero (que es glorificarnos) se requieren innumerables misericordias y gracias que han de preceder este tan grande bien hasta llegarlo al cabo. De manera que estos tres ríos tan caudalosos embeben en sí otros muchos arroyos que entran en ellos.

Pues por cada uno destes siete títulos está el hombre tan subjecto á Dios, que si tuviera mas vidas que estrellas hay en el cielo, estaba obligado á ofrecerlas en sacrificio por honra deste Señor. Y si tanto debe por cada uno destes títulos, ¿qué deberá por todos ellos juntos? Mas ya que no tiene mas que una sola vida, esa con todo lo anexo á ella (que es descanso, hacienda, honra, con todo lo demas) está obligado á emplearlo en su servicio. Hasta aquí ha de llegar la verdadera y perfecta obediencia; y la que hasta aquí no llega, no es perfecta, ni digna de lo que merece este Señor. Pues esto era lo que principalmente convenia al hombre saber; lo cual por ninguna otra vía se podía mejor entender que por el misterio de la Cruz. Porque obedesciendo el Hijo de Dios á su eterno Padre en padecer aquella manera de muerte tan ignominiosa, claramente nos enseñó hasta dónde había de llegar la perfecta obediencia. De suerte que aquella Cruz es un púlpito alto, ó una cátedra del cielo, donde el Hijo de Dios predica al mundo la obediencia que los hombres deben á su Criador. Donde nos enseña, que no solo con perfumes olorosos de encienso, y con reverencias y ceremonias exteriores (que es cosa fácil de hacer y cuesta poco), sino con la vida y con todo lo anexo á ella se le ha de servir.

Pues esta virtud y obediencia señaladamente resplandescen en el misterio de la Cruz. Y esta es una de las cuatro virtudes con las cuales, como con cuatro piedras preciosas, dice Sant Bernardo (d) que quiso este Señor adornar y hermosear los cuatro cabos de la Cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la humildad, como raíz y fundamento de las otras virtudes, está en lo bajo, y la paciencia á la mano izquierda, y la obediencia á la mano derecha.

Donde se ha de considerar, que como haya muchos grados en esta virtud, aquel es mas perfecto que llega á obedecer en cosas arduas, y dificultosas, y repugnantes á nuestra carne. Ca una de las cosas que mas acrecienta el mérito y valor de una obra, es la dificultad que nasce, no de nuestro mal hábito, sino de la condición de esa misma obra. Pues cuán dificultosas y trabajosas hayan

(d) Serm. 1. in die S. Paschæ.

sido las cosas que este Señor padesció, declaramos ya en el capítulo (e) donde se trató de los motivos que tenemos para amar á este Señor, por razón del amor que nos tuvo, y por la grandeza del beneficio que con tantos trabajos y tanta costa suya nos hizo.

Pues aquí tienen los fieles un perfectísimo ejemplo de obediencia, para que se esfuercen los que naturalmente son siervos á obedecer á su Dios en cosas menores por su salud propia, pues el Señor de todo lo criado padesció cosas tanto mayores por la ajena. Y sepa el verdadero obediente, que cuando niega su propia voluntad por la divina, ofrece un altísimo sacrificio á su Criador. Porque como entre todas las potencias de nuestra ánima la voluntad sea la mas íntima, y la que es como reina y señora de todas, quien esta niega por amor de Dios, ofrece lo mejor y mas alto que hay en todo el reino de sí mismo. En lo cual parece imitar aquella tan celebrada obediencia y sacrificio de Abraham (f), por la cual estuvo aparejado para ofrecer en sacrificio un hijo tan amado como era Isaac; pues vemos que lo que mas aman los hombres y mas desean cumplir es su propia voluntad. Y así suelen decir, que voluntad es vida; la cual el hombre sacrifica cuando por amor de Dios la niega.

Donde me parece será razón advertir lo que muchas veces en otros escriptos tengo avisado, que los que desean agradar á nuestro Señor miren no antepongan las cosas de su devoción á las de obediencia y obligación. Porque entre los subtilísimos engaños de nuestro adversario, este es uno muy grande y muy comun, con que principalmente enlaza las personas espirituales, so color de virtud, para que ménos se recaten. Y con esto les hace dejar las cosas que son de precepto, por las que son de consejo, á que ellos á veces están mas aficionados, por ser mas conformes á su gusto. Porque general cosa es aficionarse mas los hombres á las cosas que son de su voluntad propia, que á las de la ajena. Y como esto conoce el demonio, armales con este cebo de virtud, para que dejen las cosas de su obligación por las de su devoción. Y para que entiendan los hombres lo que en esto va, debe bastar el ejemplo del desventurado rey Saul (g): el cual por preferir el sacrificio á la obediencia de Dios, vino de lance en lance á caer en el profundo de todos los males, y á perder reino, vida, honra y alma, y tras esto á destruir toda su posteridad. Porque desta manera castiga la divina justicia el pecado de la desobediencia.

CAPITULO XVIII.

Duodécimo fruto del árbol de la Cruz, que es la virtud de la paciencia.

Cuánto nos sea necesaria la virtud de la paciencia, decláranlo las innumerables ocasiones de impaciencias que á cada momento se ofrecen en esta vida, la cual toda llama el sancto Job batalla, ó tentación (a). Porque, como se escribe en el libro de la Sabiduría (b), todas las criaturas son lazos para los pies de los hombres ignorantes, y todas ellas parece que han conjurado contra nosotros. A lo ménos los hombres, y los demonios, y nuestra carne con toda la cuadrilla de sus apetitos y pasiones, siempre nos dan motivos de trabajos y perturbaciones, el remedio de las cuales en gran parte es la paciencia. Por lo cual dijo un sabio que el ojo de la vida era la prudencia, y el báculo la paciencia. Esta pacien-

(e) Cap. 14. (f) Gene. 22. (g) 1. Reg. 15: et 31. (a) Job. 7. (b) Sap. 14.

cia á veces es sufrimiento de injurias, y á veces de trabajos, ó de enfermedades, ó de diversas necesidades; y así para la una como para la otra tenemos tan grandes ejemplos y esfuerzos en el árbol de la sancta Cruz, que quien pusiere los ojos en ella, verá que todas sus ramas dan fruto de paciencia, y figurársele ha que para ninguna otra cosa sirve mas principalmente este árbol sagrado, que para esta virtud. La cual señaladamente alaba Esaías en nuestro Salvador por estas palabras (c): Así como la oveja que llevan al matadero, será llevado á la muerte, y como el cordero delante del que le tresquila enmudecerá, y no abrirá su boca. En las cuales palabras el Profeta con estas dos comparaciones de oveja y de cordero nos representa la grande mansedumbre, paciencia y silencio deste Señor en medio de todas las tempestades y trabajos de su pasión. Porque cierto es cosa admirable ver cuán señor estuvo él de sí mismo en su acusación y condenación, y cuán conforme y subjecta estuvo su ánima sanctísima con la soberana divinidad que en él estaba. En lo cual se ve que no fué él por fuerza llevado á la muerte, sino que voluntariamente se ofreció á ella. Y llevándolo preso y maniatado, y siendo acusado con calumnias mentirosísimas ante jueces injustísimos y enemigos suyos, entre tantos clamores de los que le acusaban y pedían la muerte; y siendo arrebatado y llevado violentamente, y herido, y escarnecido, ¿con cuánta moderación y gravedad se hubo en todas estas tormentas? No se quejó, ni dió voces, ni derramó lágrimas de flaqueza, ni desmayó con los trabajos, ni suplicó á los jueces, ni pidió relajación de sus penas. Ni tampoco se airó, ni indignó contra tantas injurias, y sinjusticias, ni echó maldiciones á sus acusadores, y jueces, y ministros de aquella crueldad; y finalmente ninguna palabra salió de aquella sagrada boca áspera ni injuriosa. Ni tampoco para ostentación de quien él era, habló alguna palabra grande, ni hizo algun milagro, especialmente en casa de Heródes que mucho lo deseaba. No hizo largos razonamientos en la defensa de su inocencia. No abatió su dignidad, ni quitó á los jueces la suya, conservando siempre una grandísima templanza en caso de tanta dificultad y angustia. Cuando vió que nada había de aprovechar, calló; y cuando fué menester responder, siendo preguntado, habló pocas palabras, y con gran modestia, porque su silencio no fuese atribuido á contumacia. Y porque no pudiesen pretender ignorancia del mal que hacían, declaró quién era sin injuria de nadie. Y cuando fué llevado al tormento de la cruz, no fué por el camino hablando muchas palabras, ni tampoco habló dende la cruz al pueblo que presente estaba, declarando su inocencia, y culpando á los testigos, y acusadores, y jueces. Esta fué la sabiduría, la templanza, la constancia y la moderación que tuvo en aquel tan grande ruido, y en aquella confusión y perturbación de todas las cosas. En lo cual se ve que toda aquella tan grande obra fué regida por consejo divino, y que este Señor tenía mandamiento de su eterno Padre, al cual obedecía con tan grande humildad, sin alguna manera de contradicción ni repugnancia.

Mas no se puede callar aquí otra maravillosa circunstancia desta paciencia, que fué el extremado silencio que el Salvador guardó entre tantas acusaciones y falsos testimonios en causa tan grave: del cual dice el Evangelista (d) que estaba el Presidente en gran manera mar-

(c) Esai. 53. (d) Matt. 27.

villado, tanto que dijo al Salvador: ¿No ves cuántos testimonios dicen contra tí? A lo cual el Señor no respondió palabra. Y otra vez preguntándole el Presidente de dónde era (e), tampoco respondió. Por lo cual el juez espantado de tan gran silencio, le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para soltarte?

Quiero pues yo agora filosofar sobre este silencio del Salvador. Para lo cual imaginemos agora que este Señor no era el que era, sino un hombre inocente y sin culpa. Pues este tal, viéndose falsamente acusado, ¿qué hiciera? ¿qué dijera? ¿No respondiera por sí? No negara los falsos testimonios? No afirmara con mil juramentos que era inocente? No tachara los testigos, pues era notoria al mismo juez la invidia y odio de sus acusadores? No pidiera mas plazo para su defensa, pues nunca se vió en espacio de medio día ser un hombre acusado y sentenciado? No apelara para el César, como hizo Sant Pablo? No pidiera justicia al cielo y á la tierra contra tan grande sinjusticia? Todo esto y mucho mas hiciera y hace cualquier hombre falsamente acusado. Y sintiendo esto el juez (que tan fácil era de entender), como hombre de razón, tuvo gran motivo para maravillarse de tan extraño silencio. Porque podía él decir entre sí: ¿Qué novedad es esta? ¿Qué silencio es este? ¿Cuándo dende que el mundo es mundo se vió que un hombre acusado falsamente en crimen de muerte, y mas tal muerte, cerrase la boca, y ninguna palabra hablase en su defensa? Pues ¿qué hombre prudente hubiera, que considerando esto no barruntara que había allí alguna cosa mas que humana?

Y si este silencio fué tan admirable, no ménos lo fué el que guardó en casa de Heródes (f), donde muchas veces preguntado, ninguna palabra respondió. Porque quien voluntariamente se ofrecía á padecer, no había para qué hablar cosa que impidiere su pasión. Pues tornando á filosofar aquí, como en el silencio pasado, si este Señor no fuera el que era, sino (como dijimos) un hombre sin culpa, ¿qué había de hacer siendo presentado y acusado ante su rey natural, sino decir: Señor, yo soy vuestro vasallo, y vos mi rey, y como tal es razón que me tomeis debajo de vuestro amparo, y me defendais destes enemigos y de sus falsas acusaciones? Los cuales con odio rabioso y invidia que tienen contra mí por reprehender yo sus vicios y maldades, desean beberme la sangre. Ya hicieron todo cuanto pudieron por que Pilato me condenase; y viendo él mi inocencia, no quiso hacer cosa contra justicia, y lavó sus manos deste negocio. Y por eso me remite á vos, como á natural de vuestro reino: pidoos que me hagais justicia, y no consintais que prevalezca la malicia contra la inocencia. ¿Quién puede negar que cualquier otro hombre inocente alegrara esto y mucho mas para defensa de muerte tan infame? Pues nada desto hizo ni dijo el Salvador, siendo presentado y acusado en estos dos tribunales; mas ántes guardó una tan grande mesura y gravedad, y un tan extraño silencio, cual jamas se vió dende que Dios crió el mundo. Por lo cual necesariamente habemos de confesar que alguna cosa había en aquella persona mas que humana, pues en ella se hallaba lo que nunca se vió en criatura humana; pues está claro que diferentes efectos han de proceder de diferentes causas; y por consiguiente habemos de confesar que esta paciencia no era humana,

(e) Joan. 19. (f) Luc. 23.

CAPITULO XIX.

Fructo décimotercio del árbol de la Cruz, que son ejemplos y motivos grandes para todas las virtudes.

No solo para estas virtudes susodichas (que son tan principales), sino tambien para todas las otras tenemos grandes ejemplos y motivos, así en la vida como en la muerte de nuestro Salvador: los cuales nos incitan á imitarle, y hacernos semejantes á él. Para lo cual es de saber, que la summa de toda la perfección del hombre consiste en esta imitación y semejanza con Dios (que es la primera regla y medida de toda perfección). Y así cuanto una criatura fuere mas semejante á él, tanto será mas perfecta, y mas amada dél; pues la semejanza es causa de amor. A esta imitación y semejanza nos llama él, cuando tantas veces en las Escrituras sagradas repite estas palabras (a): Sed sanctos, así como yo lo soy. Y el Salvador en el Evangelio dice (b): Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial lo es. Y en otro lugar (c): Sed, dice él, misericordiosos, así como vuestro Padre celestial lo es. Esto mismo nos enseñan tambien (entre otros filósofos) Platon y Plutarco, exhortándonos á esta imitación y semejanza de Dios.

Mas á estos podríamos preguntar, ¿en qué han los hombres de imitar á Dios? ¿Pueden ellos criar otro nuevo mundo y gobernarlo? Responderán que no; mas que imitemos su virtud y sanctidad. Esa virtud (dirá el hombre rudo) querria yo ver mas palpablemente, para poderla imitar; porque en Dios es ella invisible, así como él tambien lo es. Pues porque no tuviesen los hombres excusa para esto, vistióse este Señor de carne humana, y el invisible se hizo visible; para que así pudiésemos ver y imitar las virtudes admirables que en esta carne mortal nos descubrió.

Vino pues este celestial maestro al mundo, y trató y conversó con los hombres con tanta mansedumbre, con tanta benignidad, con tanta humildad, y con tanta sanctidad; anduvo por la tierra de ciudad en ciudad, y de lugar en lugar, haciendo tantos beneficios á los hombres, predicándoles tan maravillosa doctrina, dándoles tantos ejemplos de virtud, haciendo tantos milagros, ordenándoles tantos sacramentos, obrando tantos misterios, sufriendo los males con tanta paciencia, reprehendiendo los vicios con tanta severidad, tratando á los buenos con tanta suavidad, y haciendo á los hombres tantas obras de caridad, cuanto nunca se hicieron en el mundo, ni harán jamas. Y no contento con esto, para mayor muestra de su bondad y misericordia, al cabo de la vida, despues de lavados los piés de sus discípulos, y ordenándoles aquel tan admirable sacramento de su sacratísimo cuerpo y sangre, para sustentación y reparo de nuestra vida, llegó por nuestro remedio á ponerse en una cruz: en la cual como un mansísimo y inocentísimo cordero se ofreció por nosotros en sacrificio, no solo para rescate de nuestro captiverio, sino tambien para confusión de nuestra soberbia, para ejemplo de humildad, para prendas de su amor, para estribo de nuestra confianza, para consuelo de nuestras angustias, para estímulo de todos los honestos trabajos, y para despertador de nuestra devoción.

Pues para esta imitación y semejanza, ¿qué medio mas conveniente que hacerse Dios hombre, y conversar tan sanctamente con los hombres? Y porque el hombre no

(a) Levit. 19. et 20. (b) Matth. 5. (c) Luc. 6.

sino divina. Porque verdaderamente (como solemos decir) que si Dios había de nacer, había de nacer de virgen: así podemos tambien decir, que si Dios había de padecer, desta manera había de padecer, y si se había de presentar en juicio, desta manera se había de haber en él.

Pues esta tan perfecta mansedumbre y paciencia quiere el apóstol Sant Pedro que tengamos ante los ojos; para que con la consideración de cosas tan grandes tengamos paciencia en las pequeñas. Y así dice él (g): Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas: el cual, oyendo maldiciones, no maldecía, y padeciendo agravios, no amenazaba; mas ántes se entregaba al que lo juzgaba injustamente, pagando por nuestros pecados en el madero; para que muriendo á estos, viviésemos en sanctidad y justicia.

§. ÚNICO.

De cómo es medicina universal para todos los trabajos esta paciencia de Cristo.

Con este mismo ejemplo nos esfuerza y consuela el apóstol Sant Pablo diciendo (h): Poned los ojos en aquel Señor que tan grandes combates y contradicciones padeció de los hombres malvados, para que no os congojeis y desfallezcáis en vuestros corazones; pues aun no habeis llegado á derramar sangre por resistir á los pecados. Y segun este consejo del Apóstol, el que no quiere desfallecer en la carrera de la virtud, ¿qué otro dechado ha de poner delante de sí? ¿A qué otro báculo se ha de arrimar para no caer, sino al árbol de la sancta Cruz? Porque aquí hallará á quien imite, y á quien le esfuerce, y con quien en todos sus trabajos y aflicciones se consuele. Dicen los que escriben de la naturaleza de los animales, que llegando el unicornio á algunas aguas emponzoñadas, tocándolas con el cuerno que tiene en la nariz, les quita toda la ponzoña; y así llegan los otros animales seguramente á beber dellas. Pues lo que obra el cuerno deste animal, obra en su manera el árbol de la sancta Cruz: el cual hace que las aguas de las tribulaciones y angustias, que sin ella no se podían tragar, con ella las puedan los siervos de Dios dulce y suavemente beber.

Pues los enfermos, los atribulados, los pobres, los afligidos, ¿qué otro consuelo mas eficaz tienen para sus angustias, que este árbol sagrado? Porque en este Señor está aparejada una medicina saludable para todas nuestras angustias, y una eficazísima consolación para todas las tribulaciones desta vida. Ca este piadoso Señor experimentó en sí frio, calor, cansancio, hambre, sed, pobreza, necesidad, persecuciones, deshonras, menosprecios, injurias, asechanzas, traición de su familiar discípulo, desamparo de los suyos, prisiones, calumnias, azotes, escarnios, hofetadas, desnudez, tormentos, cruz, muerte y ajena sepultura. Mas todo esto; con cuánta paciencia, con cuánta igualdad de ánimo, con cuánta modestia y silencio! Pues; cuán grande consolación es la consideración desto para los afligidos! ¿Cuán grande freno para los ricos y poderosos, y cuán grande doctrina y sabiduría para unos y otros!

(g) 1. Petr. 2. (h) Hebr. 12.